

NADA DE NADA

KRISHNA BALDEV VAID

Introducción de Jorge Galeano

*Traducción del hindi por
Jorge Galeano y Felipe Ortega*

El Colegio de México

ESTA REVISTA ha ofrecido al lector dos cuentos de la colección *Dūsre Kināre se* /Desde el otro rincón/ de Krishna Baldev Vaid.*

Como el horizonte literario del autor ya fue tematizado en las publicaciones anteriores y pensamos que este texto requiere una lectura especialmente participativa, nos centraremos en hacer algunas advertencias sobre la forma y el contenido del cuento. Quisiéramos que el lector pudiera lograr lo que creemos haber conseguido en ese rumiar palabras y tratar de descifrar metáforas que implica una traducción: la posibilidad de vivenciar un texto.

El cuento consiste en un diálogo muy laxo donde, más que la trama, es importante la secuencia de estados mentales. Por detrás del discurso aparentemente trivial subyace una situación insostenible para los personajes. Si hay cosas que se dicen pero no se escriben (dizque por pudor y conveniencia), nuestro autor parecería tener justamente la intención de escribir lo que tantos dicen: nada de nada. Creemos que este cuento demuestra una gran capacidad creadora y artesanal: el escritor plantea la náusea existencial sin vomitar a nadie, utiliza tan sólo los toques impresionistas de una conversación cotidiana y concreta. Sin embargo, si la intención del autor fue tomar la versión taquigrá-

* Estudios de Asia y África, Nos. 30 y 33.

fica del diálogo de una pareja hastiada, y en esto podría radicar la fuerza del texto, no supo mantener la asepsia que vista superficialmente reduciría al escritor a una función secretarial. Baldev Vaid parecería no haber podido resistir la tentación de intervenir como autor del discurso y recurre, en dos o tres momentos, a soluciones simétricas artificiales.

En este cuento la visión característica del autor se radicaliza y todo es especialmente frustrante, complejo, fragmentado, ambiguo. Los personajes no tienen otro pasado que el implícito en los hilos del nudo que se presenta como situación. El nudo no marca una interrupción sino una conjunción, ata hilos que no tienen ni principio ni fin determinados. El diálogo puede traer a la memoria tanto pasajes de Sartre como, en ese impresionismo, y en esa trama que atrapa individuos pero también situaciones históricas y sociales, "Las Tres Hermanas" de Chejov. El sentimiento de "marginalidad y desesperanza" que transmite este cuento no es despertado "por los efectos degradantes de la pobreza india",* como en el caso de los anteriores, sino por la falta de perspectivas de la *élite*. La decadencia puede afectar no sólo a una aristocracia de provincia superada por un movimiento histórico sino también a una clase media urbana e intelectual emergente. Es la decadencia de la tradición y del milenarismo mítico de la sociedad moderna. La utopía redentora ya no existe, ya no se cree en ella.

Terminamos estas líneas con la confesión de los traidores. Se consideró pertinente presentar sólo una nota al pie de página. Los lectores con conocimiento del pensamiento hindú apreciarán más que otros ciertos malentendidos entre los personajes. Tan sólo los que puedan leer el original podrán disfrutar de la contraposición de ciertas palabras de origen persa y urdu en situaciones "sánscritas". Unos y otros tendrán dificultad en determinar cuál de los

* Kailash Vajpey, Introducción a "Triángulo", *Estudios de Asia y Africa*, N° 30.

personajes habla en un determinado momento. Incluso las terminaciones verbales femeninas del hindi no son una ayuda decisiva.

NADA DE NADA

—Levántate, vamos a alguna parte.

En la oscuridad mi voz se desvaneció como el humo. Al final de la noche el cuarto ya estaba demasiado cargado. No podía pasar ni un momento más allí donde había dormido.

—¡Levántate, pues! —dijo ella al prender la luz.

El cuarto cobró repentinamente cuerpo. Como si una tercera persona se hiciera presente, silenciosa e invisible, rodeada de luz.

Su voz parecía segura. Gentil y franca. Sentí su mirada en mis espaldas.

Cuando terminamos de vestirnos apagué la luz y el cuarto crujió malhumorado. Nos quedamos un rato callados en la oscuridad. Nuestra silueta se fue dibujando contra la blancura de la cama. La mirábamos fijamente en silencio.

—Y ahora, ¿adónde?

—Adonde sea.

—¿Quieres beber algo?

—¿Dónde?

—Donde sea.

—No, ¿y tú?

—No.

—¿En qué estás pensando?

—Es noche cerrada.

—Está bien, ¿no?

—Sí. ¿Y tú en qué estás pensando?

—El camino se pierde una y otra vez...

—Sí. ¿Quieres que maneje?

—No. Está bien.

—Mira, ¡un venado! ¿Lo viste?

—No.

—En esta región hay muchos venados.

—No sabía.

—¿Tienes sueño?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco.

—La noche está hermosa, ¿no?

—Sí.

—Nunca habíamos salido en una noche como ésta.

—No.

—¿Qué te gusta más, el día o la noche?

—A veces uno, a veces otra. ¿Y a ti?

—La noche.

—¿Por qué?

—Le tengo miedo al día. El tedio me llena de angustia. Si pudiera, pasaría el día durmiendo y la noche en vigilia.

—¡Lechuza!

—Sí, lechuza.*

—El aire está sofocante.

—Baja el vidrio.

—Nunca habíamos pasado por este camino.

—No, nunca.

—Es nuestra última noche.

—Sí. La última, pero...

—Dime.

—Olvídalo.

* La palabra *ullu*, lechuza, también tiene la connotación de idiota, loco.

—Más despacio.

—Me gusta correr.

—¿Por qué?

—Especialmente de noche, por las callejuelas vacías de las aldeas, cuando no se tiene ni la obligación ni el deseo de llegar a ninguna parte.

—Ahora que estamos en la oscuridad, ¿quieres saber qué dice mi marido?

—Más despacio.

—¿Qué fecha es hoy?

—Veinte, tal vez. ¿Por qué?

—Por nada.

—¿Y tu esposa...?

—¿Sí?

—Nada.

—¿Qué apariencia tiene?

—Muy buena.

—¿Bonita?

—Sí, bonita. ¿Por qué?

—Por nada.

—Ayer llegó una carta suya. Dice que por allá está lloviendo. Llueve... con ganas.

—¿y...?

—Y nada en especial.

—Tendrás muchos recuerdos.

—¿De quién?

—De ella. Y de los niños.

—Sí.

—¿Te habías alejado antes?

—Varias veces.

—¿Quería venir contigo?

—Creo que no.

—¿Se lo preguntaste?

—No.
—¿Por qué?
—Así fue.
—¿Por qué?
—Más despacio.

—¿Extrañas a los niños?
—Sí.
—¿Mucho?
—Bastante. ¿Y tú?
—No.
—¿No?
—No.
—¿Por qué?
—Porque no.
—¿Y por qué no?
—Pues no. ¿No me crees?
—No.
—¿Por qué? ¿Porque soy mujer, madre?
—No te rías. Más despacio.

—No sé cómo puedes dar respuestas tan simples a cosas tan delicadas.

—Te estoy diciendo la verdad.
—¿La verdad?
—¿Por qué no crees?
—¿En qué no creo?
—En nada.
—No sé cuál es la verdad.

—¿Te sorprende?
—¿Qué?
—Que no extrañe a mis hijos.
—Sí. Y también el hecho de sentir envidia.
—¿Envidia? ¿De mí?
—De tu libertad.
—¡Oh, la libertad!

—No te rías así.

—¿Quién se está riendo?

—¿Quieres regresar?

—No.

—¿Por qué?

—Por nada. Pero regresaré.

—¿Por qué?

—Porque no queda otro camino.

—¿Y si lo hubiera?

—No regresaría. ¿Por qué no me crees?

—Porque...

—Dime.

—Olvidalo.

—Levanta el vidrio. Está entrando mucho viento.

—Sí.

—Si saliera la luna, sería mejor.

—¿Sí? ¿Crees?

—Sí.

—Me gustan las noches oscuras, negras.

—A mí también.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Me estás siguiendo la corriente.

—Puede ser.

—¿En qué estás pensando?

—En nada.

—No lo creo.

—Y tú, ¿en qué piensas?

—En todo.

—No lo creo.

—Mi marido se pasa escribiendo que no tiene apetito, que no puede dormir, que no puede concentrarse en el tra-

bajo. Escribe cartas fastidiosas. Mañana te mostraré una o dos. ¿Querrás verlas?

—No. ¿Y las tuyas?, me pregunto cómo serán.

—Yo no escribo mucho.

—¿Por qué?

—No se me ocurre nada. No es divertido decir banalidades. Y no se puede escribir la verdad.

—¿Cuál es la verdad?

—¿Te estás burlando?

—Sí.

—Nunca estuvimos tantos días separados. Es la primera vez.

—Más despacio. ¿Y cómo sucedió?

—Yo dije: "Quiero permanecer sola, lejos de casa por unos días". Sabes, me llegan cartas a diario. No te lo había dicho. Es muy tedioso. Hasta se lo llegué a prohibir una vez.

—¿Por qué?

—Porque vuelve a escribir siempre la misma carta. En una mía, entre una cosa y otra, te mencioné.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—¿Hizo alusión a mí en su respuesta?

—Sí. Escribió: "ten cautela". ¡Cautela!

—Te ríes sin compasión.

—Sí, ya lo sé.

—No haría nunca nada si perdiera las riendas.

—¿De qué?

—De lo que sea.

—¿Por qué?

—Así son las cosas.

—Así, ¿cómo?

—Pues, así.

—Si quieres, me callo.

—Sí.

—¿No te agrada mi charla?

—No se consigue nada con charlar.

—¿Qué quisieras conseguir?

—Nada.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

—Eres muy extraño.

—Es lo que siempre dice mi mujer.

—¡Ah, tu mujer!

—Y tú, ¿alguna vez le hablaste de mí?

—No.

—Me pregunto si alguna vez le habrás escrito.

—¿Por qué?

—Porque sí, estaría bien.

—Lo haré al partir.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Puedes hablar de todo?

—¿Con quién?

—Con ella.

—No, ¿y tú?

—¿Con quién?

—Con él.

—No. ¿Y ella?

—¿Conmigo?

—No. ¿Y él?

—¿Conmigo?

—No.

—¿Y tú, a qué viniste?

—A escribir.

—Pero, ¿por qué aquí?

—Ya había venido antes.

—¿Solo?

—Sí.

—¿Y escribiste algo?

—No.

- ¿Por qué?
—Olvidalo.
—¿Por mi culpa?
—No.
—¿Y entonces?
—Olvidalo.
—¿Es deprimente no poder escribir?
—Sí.
—¿Por qué?
—Olvidalo.
—¿Pudiste escribir la otra vez?
—Sí.
—¿Qué?
—Nada.
—¿Qué quieres decir?
—Pura palabrería.
—¿Por qué?
—Olvidalo.
—¿Es necesario escribir?
—No.
—¿Y entonces?
—Entonces, ¿qué?

—¿Qué estás pensando?
—Nada, ¿y tú?
—Nada.

—¿Puedo preguntar algo?
—Di.
—Déjalo.

—¿Regresamos?
—Todavía no.
—Es nuestra última noche.
—Sí.
—Ten en cuenta que...
—¿Qué?
—Nada.

- ¿Nunca sentiste la necesidad de desahogarte?
—¿Con quién?
—Con quien sea.
—Sí.
—¿Y luego?
—¿Y luego, qué?
—¿Por qué no lo largas?
—¿Qué?
—Todo.
—¿A quién?
—A mí.
- Yo no quiero separarme de él.
—¿Por qué?
—Es un error empezar de nuevo.
—¿Por qué?
—Nada se puede empezar de nuevo.
—¿Por qué?
- ¿Quieres separarte?
—No.
—¿Por qué?
—Olvidalo.
—¿Miedo?
—Tal vez.
—¿Lo deseaste?
—No.
—¿Por los niños?
—Tal vez.
—¿No se puede empezar nada por segunda vez?
—Tal vez.
—¿Por qué?
—En toda relación las posibilidades son iguales, ¿no?
—Tal vez, pero...
—Pero, ¿qué?
—Si...
—Si, ¿qué?

—Nada.

—Nada, ¿qué?

—¡Nada!

—A veces quisiera decirle todo.

—¿Todo?

—Sí.

—¿Todo, todo?

—Sí. Sin enojo, sin ninguna presión. Porque sí, nomás.

—¿Para aliviar tu propio pesar?

—Quizá.

—¿Para ver qué dirá, que querrá hacer, que hará?

—Quizá. Pero no se lo diré.

—¿Por qué?

—Me da miedo. Nada más de pensarlo.

—¿Miedo?

—Sí.

—Entonces tú tampoco estás liberada.

—No, ¿y tú lo estás?

—Tampoco.

—¿Crees en el amor?

—¿En qué amor?

—En el amor verdadero.

—¿Podrías decirme cuál es?

—No, ¿y tú?

—Tampoco.

—¿Existirá?

—¿Qué?

—El amor verdadero.

—Olvídalo.

—¿Has sospechado de ella?

—Sí, ¿y tú?

—También. ¿Y ella?

—Sí. ¿Y él?

—También.

- ¿Celos?
—Sí. ¿y tú?
—También. ¿Y ella?
—Sí. ¿Y él?
—También.
—¿Y entonces?
—Entonces, ¿qué?
—Nada.
—¿Cómo nada?
—Nada.
—En realidad lo que pasa es que...
—Que, ¿qué?
—Nada.
- ¿Qué escribes?
—Olvídalo.
—¿Qué quieres escribir?
—Nada.
—¿Por qué escribes?
—¿Acaso me ves escribiendo?
- Yo quería decir que...
—Que, ¿qué?
—Nada.
—No sabía que fuera tan difícil hablar contigo.
—¿Sobre qué?
—Sobre cualquier cosa.
- ¿Por qué te atormentas tanto?
—Más despacio.
- Es nuestra última noche.
—Sí.
- Quiero decir algo.
—Te escucho.
—No diré nada.

—Te estoy diciendo.

—¿Qué?

—Quería decir que...

—Di.

—Nada.

—Nada, ¿qué?

—Realmente nada.

—No lo puedo aceptar.

—Pues habla tú.

—¿De qué?

—De lo que está pasando.

—Estás tú, estoy yo, está la noche, la calle está. Mañana será otro día, ya no estaremos aquí, yo me acordaré de ti, tú de mí. Habrá dolor, intenso al principio, lentamente se calmará y tal vez un buen día se muera, antes que nosotros. ¿Qué más quieres?

—Nada.

—¿Has pensado alguna vez en el suicidio?

—Sí.

—¿Lo intentaste?

—Una vez. Hace mucho.

—¿Cuándo?

—En la infancia.

—¿Cómo?

—Echándome una cuerda al cuello.

—¿Por qué?

—Ya no recuerdo.

—¿Qué edad tenías?

—Diez o doce, tal vez.

—¿En serio?

—Sí.

—¿De día?

—Sí, de mañana temprano.

—¿Lo sabe?

—No.

- ¿Por qué?
—Yo nunca le digo nada.
—¿Por qué?
—Olvidalo.
—¿Te preguntó alguna vez?
—¿Qué?
—Sobre el suicidio.
—No.
—¿Y tú le has preguntado?
—No.
—¿Por qué?
—No acostumbramos a hablar de estas cosas. ¿Y tú?
—Tampoco.
—¿Y tú alguna vez...?
—No.
- ¿En qué estás pensando?
—En todo.
—¿Qué es todo?
—Todo.
—No.
—No, ¿qué?
- Hemos llegado demasiado lejos.
—Es nuestra última noche.
—¿Nos volveremos a encontrar otra vez?
—Probablemente no.
—¿Por qué?
- ¿Alguna vez pensaste en...?
—¿En qué?
—Nada.
- Tengo un deseo.
—¿Cuál?
—Nada.
—¿Eres feliz?

—Sí.
—¿Por qué?
—Mañana estaremos separados. ¿Y tú?
—¿Yo qué?
—¿Eres feliz?
—Sí.
—Lo que pasó, pasó y está bien que así sea.
—Sí.

—¿Qué es aquello?
—¿Dónde?
—Allá enfrente.
—Nada.

—¿Qué dijiste?
—Nada.

—¿Alguna vez pudiste decir todo lo que te pasó por la cabeza?

—No.
—¿Has querido decirlo?
—¿Todo?
—Sí.
—No, ¿y tú?
—Sí.

—¿Y si yo te preguntara?
—¿Qué?
—Nada.
—¿Me dirías una cosa?
—¿Qué?
—¿Lo dirías?
—¿Qué cosa?
—Nada.

—¿Sabes?
—¿Qué?

—Nada.

—¿Qué dijiste?

—Nada.

—Quería decir que...

—¿Qué?

—Nada.

—¿Has llegado a enfurecerte alguna vez?

—¿Con quién?

—Con cualquiera.

—No, ¿y tú?

—Sí.

—¿No tienes nada que decir?

—¿Qué?

—Cualquier cosa.

—No hay nada que decir.

—¿Y entonces?

—Entonces, ¿qué?

—¿Qué estás pensando?

—Nada.

—¿Qué está pensando?

—Todo.

—¿Qué?

—Nada.

—¿Adónde?

—A ninguna parte.

—¿Ninguna?

—Ninguna.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—Nada.

- ¿Cómo nada?
—¿Qué?
—Todo.
—¿No?
—No, ¿qué?
—¿Todo?
—No.
—¿Por qué?
—¿Qué?
—¿Qué?
—Nada.
—¿De veras nada?
—Nada de veras.
—¿En alguna otra parte?
—No.
—No.
—Sí.
—No.
—Sí.
—No.
- ¿Y tú?
—Y yo, ¿qué?
—Nada.
- ¿Yo?
—Tú, ¿qué?
—Nada.
- ¿Ella?
—Ella, ¿qué?
—Nada.
- ¿Él?
—Él, ¿qué?
—Nada.

—¿Regresamos?

—¿Adónde?

—A ninguna parte.

—¿En qué estás pensando?

—En nada.

—¿En qué estás pensando?

—En nada.

—¿Por qué no?

—¿Qué?

—Nada.